

Entrevista con Luis Nishizawa

Elementos de viento, tierra y erotismo

Amparo Contreras

La plástica mexicana está de fiesta con los múltiples homenajes rendidos al maestro Luis Nishizawa, esto con motivo de sus noventa años, cumplidos el pasado mes de febrero.

Nishizawa, con su fuerza poética, pinta un mundo imaginario donde la vida y el sueño se entrelazan en forma de prodigiosos retratos que iluminan, en fragmentos, la realidad humana.

Nishizawa fue el artista de una familia formada por un padre, Kenji Nishizawa, que emigrara de Japón, con la ilusión de la fiebre del oro en América, y una madre mexicana, doña María de Jesús Flores. Nació en Cuautitlán, Estado de México, en 1918. Su recuerdo más lejano (a los dos años) lo representa el brillante amarillo de unas flores, flores que más adelante sabría eran el homenaje póstumo a su pequeño hermano muerto. Desde su temprana niñez el color ya era fundamental en su vida. Cuando tenía siete años, la familia emigró al bravo e interesante barrio de Tepito, donde vivió parte de su niñez y juventud. Se desempeñó como joyero y estudió piano y composición en el Conservatorio Nacional de Música, hasta que finalmente llegó a la Academia de San Carlos, hace sesenta y seis años, en donde inició sus estudios de artes plásticas y se convirtió en un maestro de las técnicas y los materiales de pintura, abriendo nuevos caminos para las generaciones que se acercan a sus talleres y a su sabiduría.

Retomo las palabras de Sergio Fernández, a quien Nishizawa retrató, soberbiamente, hace poco más de diez años, y quien, a su vez, lo describió de esta manera:

Pero ¿quién es este hombre que, sentado frente a mí, pinta un retrato cuyo pretexto soy yo mismo? Nishizawa no parece un ser humano, sino un elemento formado de viento y tierra, no lo percibo caminar (con unas zapatillas que no he sabido bien a bien si son pantuflas), sino que “ocurre por el aire”, como dice Quevedo de un mancebo que toca la trompeta hinchados los carrillos en el Juicio Final. Se desliza como si no tocara el piso, sin equivocar su destino, tan bien armado, que ha llegado a ser uno de los grandes pintores del México de hoy día, lo que al mismo tiempo lo vuelve terrenal, ya que no se equivoca con malas elecciones o con malos entendidos sorprendidos. Él va a lo suyo, que es la pintura, cuyos materiales son sacados del fondo de la tierra, todo lo cual le proporciona un placer irreflexivo, algo, diría, semejante a lo que se experimenta con la fecundidad, ya que sus bodegones, lo mismo que sus retratos, sus paisajes o sus acuarelas, así como sus enormes bajorrelieves esgrafiados en piedra, a fin de cuentas, carecen de toda sensación de inteligencia, bañados, en cambio, por imaginación. Por eso su cuerpo recio, hecho de arcilla y flores recogidas al lado de un charco con reflejos, al caminar forma agujas muy finas que, transmutadas en pinceles, le sirven de cayado para que no tropiece ni con el arte ni con lo duro de la existencia cotidiana.¹

Siempre es un placer platicar con él. El maestro, con la gentileza que lo caracteriza, me recibe en su estudio

¹ Sergio Fernández, “Nishizawa: La captación de un paisaje humano”, *Revista de la Universidad de México*, enero-febrero 1998, números 564-565, UNAM, México, p. 41.

del Museo Taller, que lleva su nombre, en la ciudad de Toluca: ¿Maestro nos puede platicar cuándo y cómo decidió ser pintor?

Yo nací en una hacienda y crecí en un pequeño rancho en donde conviví con la naturaleza. Me encantaba el paisaje, los colores de los cerros y los días de lluvia, cuando la tierra quedaba mojada, yo dibujaba con una varita nuestros animales. Mi consentido era el caballo. Mis maestros, desde niño, me decían que me dedicara al dibujo. A pesar de que tenía que trabajar como joyero y estudiar música en las tardes —la música, herencia de mi madre, me ha acompañado durante mi trayecto por la vida y es para mí muy importante—, mi ilusión siempre fue entrar a la Academia de San Carlos. Un buen día mi padre, que era muy comprensivo, me dijo: “tú ya no trabajes y dedícate a estudiar lo que te gusta”. Yo vi la gloria y, desde entonces, me dedico a la pintura. En la Academia, los compañeros me decían el Rey Sol. Nunca supe por qué.

Sabemos que durante su trayectoria ha sido premiado en múltiples ocasiones. ¿Qué le significan en este momento los homenajes y la fama?

Bueno, como todo hombre, me gusta ser reconocido. Yo nunca soñé tener el éxito que he tenido. A mí me interesaba crear una obra y desarrollarme, no tomaba en cuenta la fama. Afortunadamente, he recibido diferentes premios, tanto en México como en Japón. Pero sobre todo, el reconocimiento más grande es haber formado una pléyade de alumnos, pues soy maestro en la Universidad desde hace más de cincuenta años. Yo creo que la felicidad está en el ser, no en el tener, ni en el poder.

¿Qué le significó recibir del gobierno de Japón la condecoración Tesoro Sagrado del Dragón?

Fue muy emotivo recibirlo, porque soy hijo de japonés, y el hecho de que el país de mi padre me haya reconocido como hijo del Japón, para mí fue una cosa extraordinaria. Si hubiera estado en Japón, me la hubiera otorgado el Emperador; aquí la recibí de manos del Embajador de Japón.

¿Realmente cree en la máxima japonesa de: El arte y la belleza hacen un mundo mejor?

Yo sí lo creo así, porque el arte es una conquista de sí mismo. El arte cobija a la humanidad. La belleza es una palabra de carácter universal, subjetiva. Lo que es bello para mí, tal vez no te parezca bello a ti. Es el principio de todo artista.

¿Considera, como lo dice la crítica, que hay poesía en su obra?

Sí, claro, porque como artista he puesto lo mejor de mí, y lo mejor es un sentimiento poético. Por ejemplo, el objeto, cuando es muy hermoso, a uno lo encanta. Sin

embargo, yo he hecho obras inspiradas en la basura, hice obras sugeridas por todo desecho que me provocaba. Desgraciadamente no conservo esas pinturas que me gustaron tanto. No obstante, guardo esos recuerdos en la mente y en el corazón.

Se ha dicho que algunas de sus obras tienen una carga de erotismo. ¿Qué significa eso para usted?

Me haces una pregunta muy difícil. Para mí el erotismo es una posición espiritual del individuo. He pintado muchos desnudos libres de ese sentido. Muchas personas me han dicho que ven una carga de erotismo en mi obra. Sin embargo, no era ésa mi intención. Lo he hecho por plasmar la belleza del cuerpo humano.

¿Maestro cuál es su pintor favorito?

Tengo muchos, pero el que he seguido y me maravilla es Rembrandt, por su extraordinario manejo del claroscuro, porque logra el mejor y más natural movimiento. También me encantan, de los modernos, Picasso, por el sentido erótico de su pintura, y el gran Fújita, pintor japonés, de quien yo tengo una pintura: el rostro de una niña.

Si escribiera un libro, qué tipo de libro sería?

Un libro de las cosas que me han pasado, propiamente autobiográfico, y quiero hacerlo. Tengo muchas experiencias y, ahora que soy viejo, sueño mucho con las cosas de mi juventud. Tal vez sea un reclamo de lo que pude haber hecho entonces, un reclamo natural. En el corazón llevo mucho de lo que no digo, cosas que me llenaron de belleza el espíritu. Tengo guardados momentos muy emotivos que quisiera escribir. El artista siempre tiene algo que decir... A propósito de libros, te quiero decir que Octavio Paz es uno de mis autores favoritos.

Entre los cientos de obras que ha creado, ¿cuál es la que lo ha dejado más satisfecho?

El mural en piedra del Centro Cultural Mexiquense: “El lecho del Universo” (Museo de Arte Moderno). He proyectado un petatillo en piedra para un muro de veinticinco metros de largo por cuatro de alto. ¿Por qué un petate? Porque el antiguo mexicano nace en un petate, vive en un petate y muere en un petate. También están insertos los símbolos del sol y la luna, el hombre y la mujer, en dos enormes piedras monolíticas. Otro es el mural de cerámica en la ciudad de Tokio, Japón: *Fu Getsu En Nen*.

¿Que piensa del arte actual?

Yo me concreto a lo mío. Estoy tratando de expresarme a través de la pintura, a través del color, de la tinta Suiboku, del Sumi-E. (*Tinta de color y tinta negra respectivamente*). Pienso que en el arte todo es legítimo, siempre y cuando el artista se conduzca con honestidad. **U**